

JORNADA MUNDIAL DE LA VIDA CONSAGRADA
(Iglesia de la Concepción, Badajoz, 30 de enero de 2026)

Queridos hermanos y hermanas, consagrados; queridos jóvenes que hoy nos acompañáis numerosos: ¡*El Señor os dé la paz!*

Celebramos hoy en nuestra Archidiócesis la *Jornada Mundial de la Vida consagrada*. Una *Jornada* que quiere despertar en toda la Iglesia aprecio y simpatía por esta forma de vida, caracterizada, como dice el Concilio, por un seguimiento “más de cerca” de Cristo, mediante la profesión de los Consejos evangélicos (cf. *Lumen Gentium* 43-47; *Perfectae caritatis*).

Ese aprecio a la Vida consagrada ha de sentirse, en primer lugar, por los mismos consagrados, pero también por todo el Pueblo santo de Dios. Los consagrados mostrarán el aprecio a esta forma de vida cuidándola, como se cuida algo precioso, como precioso es la Vida consagrada, siendo bien conscientes de nuestra fragilidad y sabiendo que llevamos ese tesoro “en vasijas de barro” (cf. *2Cor* 4, 7). No podemos dormirnos ni siquiera distraernos. Hemos de mantenernos vigilantes, de tal modo que sus miembros sigamos a Cristo y nos unamos a Dios (cf. *PC* 2), sabiendo que nuestra meta principal es la unión íntima con el Señor. Demos brillo evangélico a nuestras vidas, recuperemos el estupor de haber sido llamados a seguir “más de cerca” a Cristo.

Por su parte, los presbíteros y todo el Pueblo santo de Dios mostrarán ese aprecio a la Vida consagrada sintiéndola como parte esencial de la Iglesia, recordando siempre que esta forma de vida es un don a la Iglesia, que está en el corazón mismo de la Iglesia y por lo mismo es un elemento decisivo para su misión, pues forma parte integrante de la vida misma de la Iglesia (cf. *VC* 3), en cuanto “pertenece sin discusión a su vida y a su misión” (*Lumen gentinum* 44). Sin la Vida consagrada la Iglesia no sería la querida por Jesucristo sin la Vida consagrada, precisamente por ello no puede ser considerada como una realidad aislada y marginal, sino que afecta a toda la Iglesia.

Cuidarla y apreciarla significa para los consagrados nutrir adecuadamente su vocación e intentar vivirla con el corazón “indiviso” (cf. *1Cor* 7, 34). Como las demás formas de vida en la Iglesia, la Vida consagrada se nutre frecuentando los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación; meditando asiduamente la Palabra de Dios; de la oración personal y comunitaria asidua, de la vida fraterna en comunidad para aquellos institutos cuyo carisma comporta la vida en común de sus miembros. La Vida consagrada se nutre de una formación permanente que sea integral y en clave misionera, y de la misión como tal, sabiendo que la vida consagrada no tiene una misión, que no se limita a realizar tareas, sino que ella misma es misión.

Queridos hermanos y hermanas: Yo, consagrado como vosotros, os invito en esta *Jornada* a dar gracias a Dios por el don de la vocación y a reavivar constantemente en nosotros el don que hemos recibido. Nuestra vocación es hermosa. ¡Cómo no lo va a ser si a través de los consejos evangélicos la vida consagrada está llamada a ser reflejo de la vida trinitaria! (*VC* 21ss) ¡Cómo no lo va a ser si estamos llamados a “reproducir en nosotros la vida terrena de Jesús –casto, pobre y obediente!” ¡Cómo no lo va a ser, si está llamada a ser “memoria viviente del modo de pensar, existir y actuar de Jesús” y convertirnos de este modo en testigos de Cristo en el mundo (cf. *VC* 25ss), configurando nuestra existencia con la de Cristo, y haciendo presente su estilo de vida en la Iglesia y el mundo!

Llamados a ser *faros* que indiquen el puerto (Cristo) a quienes luchan en alta mar; llamados a ser *antorchas* que iluminen el camino a aquellos que caminan envueltos en la oscuridad; llamados a ser *centinelas de la mañana* (cf. *Is 21, 11-12*) que anuncian la llegada de un nuevo día aunque estemos atravesando una noche oscura, esta *Jornada* que nos ofrece la Iglesia es un buena ocasión para redescubrir la alegría de seguir a Jesucristo y reafirmar nuestra confianza en aquel que nos ha llamado a seguirle: “Sé de quién me he fiado” (*2Tm 1, 12*). Por otra parte, esta *Jornada* nos invita a tomar renovada conciencia que ante las dificultades por las que podamos estar atravesando el Señor no nos abandona y nos dice: “Te basta mi gracia” (*2Co 12, 9*).

La fiesta de la Presentación nos urge a ser portadores de la Luz, a llevar a Cristo, “luz de las naciones” (*Lc 2, 32*), a los rincones más apartado de nuestra tierra extremeña en la que el Señor nos ha colocado. Llevemos la luz de Cristo a las familias rotas, a los ambientes donde haya conflictos, allí donde se den condiciones de fragilidad y prueba que ponen en peligro la estabilidad social. Llevemos la luz de Cristo especialmente allí donde la marginación y la pobreza hacen acto de presencia. Seamos portadores de la luz de Cristo allí donde estemos, allí donde la gente, nuestros hermanos, trabajan, sufren y se alegran. No nos separemos nunca de la gente. Somos consagrados para la gente. Y solo así seremos una voz profética dentro de la Iglesia y en la sociedad; una forma de vida que sabe escuchar, anunciar y denunciar. No nos repleguemos en nuestras zonas de confort. Acogiendo a Cristo en nuestros brazos, como el anciano Simeón (cf. *Lc 2, 28*), desde la fidelidad a nuestros respectivos carismas, llevemos a Cristo a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, conscientes que la mayor pobreza la sufren aquellos que no conocen a Cristo.

Este año la *Jornada Mundial de la Vida consagrada* recuerda el Congreso de vocaciones que se celebró hace casi un año, del 7 al 9 de febrero de 2025. Este Congreso nos ha motivado a todos a seguir construyendo la *cultura vocacional* y a tomar conciencia de que cada persona es “una vocación para la misión”.

En este contexto, sin olvidar a los consagrados, quiero dirigirme particularmente a los numerosos jóvenes que hoy nos acompañáis. Preguntaros también vosotros, queridos jóvenes: ¿Para quién soy? ¿A quién busco? El Señor te llama, ¿tienes conciencia de ello? Y te llama por tu nombre, conociendo tu historia, y te llama porque te ama, como amó al joven rico del que nos habla el Evangelio (cf. *Mt 19, 16-30*). Te llama para estar con Él y enviarte a proclamar la Buena Noticia allí donde la dignidad de las personas está herida y la fe es puesta a prueba. Pregúntate a que forma de vida en la Iglesia te está llamando el Señor. ¿Tal vez a formar una familia cristiana comprometida? ¿Tal vez a ser sacerdote? ¿Tal vez a ser consagrado? No mires para otro lado. *Ven y verás* (cf. *Jn 1, 39*), *sígueme* te dice también hoy a ti el Señor (cf. *Mt 9, 9-13*). No os anuncio un camino fácil, queridos jóvenes. El que sigue a Jesús, en cualquiera de los estados de vida a los que llame el Señor, entra en el *tsunami* que ha traído Jesús a la tierra - “No he venido a traer paz, sino guerra” (*Mt 10, 34*)- y del amor sin condiciones. Seguir a Jesús puede que no sea fácil pero es fascinante. ¡Apúntate! No te arrepentirás.

A los primeros discípulos el Señor les pidió que dejaran al padre y la profesión. A ti, ¿qué te está pidiendo que dejes para seguirle? ¿Te lo has preguntado alguna vez? Es hora de preguntártelo. No dejes para mañana lo que debes hacer hoy. Seguro que Cristo no te defraudará.

Encomendándonos a María y pidiéndole que fortalezca nuestra esperanza, llevemos la luz de Cristo por la ciudad y pueblos donde nos encontremos.

*+ Fr. José Rodríguez Carballo, ofm
Arzobispo de Mérida-Badajoz*